

CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoewel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3	Los Misterios de la vida de Cristo
<i>Michel Dupuy</i>	5	Los Misterios de Jesús
<i>Christian Schütz</i>	15	Los Misterios de la vida de Jesús como prisma de la fe
<i>Martín Bieler</i>	27	Los Misterios de la vida pública de Jesús, etapas en el camino a la cruz
<i>Charles Perrot</i>	41	Investigaciones acerca de Jesús de Nazaret
<i>Régis Burnet</i>	55	Una visión radical del Jesús histórico, el <i>Jesus Seminar</i>
<i>Lucio Florio</i>	61	Rostro de Cristo y caras humanas
<i>Anita Bertoldi</i>	75	Ferdinand Ebner, Filósofo del Encuentro. <i>El cuerpo "verbal" y la dirección del encuentro</i>
<i>Carlos Hoewel</i>	83	Antonio Rosmini: un filósofo para el siglo XX

Los Misterios de la vida de Jesús como prisma de la fe

*Christian Schütz OSB**

Quien se pregunta por el lugar y el significado de los misterios de la vida de Jesús en el interior de la fe y de la teología no recibe una respuesta unitaria. La búsqueda del camino se asemeja a un ir y venir muy cambiante que atraviesa toda la historia de la fe. Si se dirige una mirada de conjunto se impone la imagen de una corriente que después de aparecer se esconde para volver a aparecer de nuevo en otro lugar, para nuevamente repetirse en este juego cambiante. A pesar de las desapariciones, la fe y la teología nunca agotan el tema. ¿Adónde llegarán? ¿Puede ocurrir que en el curso de la historia no se haya encontrado el interés ajustado y definitivo? ¿O es pensable que tanto la fe como la teología deban temer cuando yace el sentido de los misterios de la vida de Jesús? ¿Cuál puede ser la razón de que cuando se trata de ellos se entre siempre en nuevos arranques y contextos diversos?

El signo de partida lo dio Ignacio de Antioquía con su misteriosa expresión: “A los príncipes de este mundo les permaneció escondida la Virginidad de María y su parto, como también la muerte del Señor, tres misterios fuertes que acontecieron en el silencio de Dios”¹. A partir de aquí se da un camino amplio y enredado, a cuyo

* Abad de Schweikelberg, Vilshofen, Baviera. Profesor emérito de Teología Dogmática, Regensburg.

¹ Ignacio a los Ef. 19,1.

fin se encuentra la expresión de K. Rahner: “Apenas existe una teología de los misterios de la vida de Jesús, que se haya planteado su justificación. Porque en ella deberían volver todas las preguntas, una teología de la historia, el significado salvífico de las “verdades históricas”, el seguimiento del Señor, lo ejemplar no casual de la concreta vida de Jesús, la lógica de la decisión concreta, etc.”². Este juicio reasuntivo muestra hasta qué punto el caso de los misterios de la vida de Jesús permanecen siendo una tarea y un programa abiertos. Esta apertura plantea la exigencia de un sentido que lo expone al que en el curso del tiempo ha tratado los misterios de la vida de Jesús. Pero incluso si se asigna un rol normativo a la propuesta sistemática de una consideración teológica de los misterios de la vida de Cristo como la aparecida en la contribución de Rahner a *Mysterium Salutis. Grundriss heilsgeschichtlicher Dogmatik*³, la puerta no queda cerrada para distintos acentos y perspectivas. Estas pueden adscribirse a un cierto cambio de paradigmas. Con este cambio, se proyecta una nueva luz no sólo a la evidencia anterior, sino también a todo el plan de construir una teología de los misterios de la vida de Jesús.

1. El Misterio y sus misterios

La Escritura como la Tradición hablan de los misterios del Señor tanto en singular como en plural. El origen bíblico de esta forma de expresión debe buscarse por cierto en el lenguaje paulino sobre “el misterio de Dios”(Col. 2,2) y “el misterio de Cristo” (Col. 4,3; Ef. 3,4). Este misterio tiene como objeto la obra de la salvación, redención y perfeccionamiento del hombre, y a través de él, de toda la creación. El misterio incluye, además de su etapa histórica y su realización, su anuncio, proclamación y comunicación, que tiene lugar en varios niveles de existencia y actividad. Se encuentra unido decisivamente con el nombre, la persona, la vida, el Misterio, la

² K. Rahner, *Mysterien des Lebens Jesu*, LthK 7, Freiburg 1962, 722.

³ Vol. 3, p. 2, Einsiedeln 1969, 1-326.

Muerte y la Resurrección de Jesucristo y su prolongación efectiva en el acontecimiento de la Iglesia. La conexión del Misterio con el Pneuma asegura que no pierde ni su significación ni su presencia. Gracias a su densidad el Misterio tiene una modalidad de presentación o aparición que no sólo es cúlrico-sacramental, sino también proclamatoria, confesional y ético-mimética.

El contexto más familiar del Misterio es probablemente la historia de la salvación. Dentro de este escenario, ambos componentes de “salvación” e “historia” se encuentran el uno en el otro. La salvación es simultáneamente inmanente y trascendente respecto a la historia. De modo semejante, el Misterio se revela y se diferencia en los misterios; los necesita, pero sin agotarse en ellos. Los misterios añaden al Misterio su carácter vívido, tangibilidad, concreción, realidad y eficacia. Por otra parte, el Misterio dota a los misterios con algo de su presencia, totalidad, plenitud, y realidad, de modo que en ellos uno toca al Misterio mismo. Esto también determina el carácter de los misterios de la vida de Jesús testimoniados en la Biblia. Como la anécdota en una biografía, se encuentran tan empapados del Misterio, que parecen desaparecer en él. Esta interpenetración del Misterio y los misterios les da a éstos una densidad y profundidad inagotables. Gracias al Misterio presente en y detrás de ellos, los misterios no pueden ser considerados como “casos cerrados”. En tanto que la salvación y la historia de la salvación duran en el tiempo, nunca quedarán “concluidos”. Los misterios son y permanecen el tema del Misterio, así como el Misterio es el tema de los misterios.

Esta mutua imbricación del Misterio y los misterios no puede permanecer al nivel de la historia de la salvación. Cuando leemos los textos paulinos sobre el misterio de Dios y de Cristo, notamos la tendencia de remover el Misterio todo lo posible de toda limitación y dependencia mundana, a una región más allá del tiempo y la creación. El origen, fuente, contenido y significado del Misterio sobrepasa claramente todas las imágenes creadas, deseos y esperanzas que vienen de abajo. El comienzo del Misterio se encuentra *a priori* “escondido desde siglos” (Ef. 3,9), “escondido desde siglos y genera-

ciones” (Col. 1,26). Su fundación ha de ser encontrada sólo en la “voluntad” (Ef. 1,5.9), “decisión” (Ef. 1,5.9.11), “plan” y “consejo” (Ef. 1,9.11; 3,11) de Dios mismo. El Misterio es enteramente su voluntad, su plan, su visión y su idea. La repetida referencia a su carácter “escondido” (Ef. 3,9; Col. 1,26) enfatiza de qué modo claro el Misterio lleva la única e inequívoca autoría de Dios. En esto hay una alusión no sólo a la trascendencia del Misterio en relación con nuestra recepción y nuestro reconocimiento suyo, sino también a la incomprendibilidad e inescrutabilidad que muestra que, en su nivel más profundo, es una propiedad y misterio de Dios mismo. El contenido del Misterio puede ser definido en forma variada como el plan salvífico de Dios, revelado y cumplido en Cristo (Ef. 3,5;6,19; Col. 4,3), como la inserción de los gentiles en el Cuerpo de Cristo y su llamada a participar y heredar la promesa por medio de Cristo (Ef. 3,6; Col. 1,27), como la reunión de todos bajo Cristo como Cabeza (Ef. 1,9), como gracia y gloria (Ef. 1,5), etc. Quizás el término más simple y compacto para el contenido del Misterio es amor, que comienza con Dios, constituye la existencia y la vida de Dios, y se extiende concretamente como un movimiento a la creación (Ef. 1,5; 9,11).

El carácter trascendente del Misterio en Pablo lleva a la Trinidad inmanente, el misterio, maravilla y acontecimiento de amor como tal. El “comienzo” o *arché* se encuentra en el Padre como quien ama *tout court* en forma incondicionada y activa. El Hijo existe frente al Padre, primero como Amado, y, brotando de esto, como Amante por derecho propio. En su originalidad, pureza y profundidad, el amor entre los dos es inmune a toda “objetivación”, y existe personalmente en el Espíritu. Que Dios existe como amor es precisamente el corazón del Misterio. Amor, en su existencia trinitaria y significado, significan la verdad del Misterio. En este sentido amor y Misterio son, finalmente, idénticos e intercambiables. Si en Dios, el Misterio coincide con el amor y el amor con el Misterio, el contenido central de los misterios de la vida de Jesús deben reflejarlo efectivamente. En ellos se refleja el Misterio como amor. Esta visión es exigencia y resultado de la forma y modo como los misterios deben ser percibidos.

2. *La meditatio de los misterios*

La teología contemporánea ha tratado los misterios del Señor como un ejemplo concreto de Cristología. Este desarrollo ha de ser bienvenido en vista al déficit de este *topos* en el programa de la cristología clásica. La pregunta surge respecto al “Misterio y los misterios”, si realmente hace justicia al verdadero valor de los misterios de la vida de Jesús. La literatura relevante de los Padres y de los autores medievales nos da el término de *meditatio*, que goza de una preferencia indudable en este dominio. *Meditatio* indica un cierto modo integrado de tratar los misterios que envuelve cuerpo y alma, corazón e intelecto, razón y sentidos, humor y afectividad, etc. No podemos trazar el desarrollo de la *meditatio* en detalle; basta con subrayar determinados acentos.

Los hechos narrados en los evangelios son la verdadera cuna de la *meditatio* de los misterios de Cristo. La cuestión de su origen y significado depende de la clarificación de cómo se desarrollaron los evangelios mismos. El material narrativo presenta estos hechos, a menudo en unidades o grupos, como un prelude de la Pasión y Resurrección del Señor. Su presentación crea la impresión de haber sido arreglados “históricamente”, aunque con un ojo hacia delante más que con un interés puramente histórico. De estos arreglos surgen una lista de cuestiones, cuya respuesta está lejos de ser obvia o definida. Hay acuerdo de que el “evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios” (Mc. 1,2) necesita de los “misterios de Cristo”. Desde el comienzo, se encontraban omnipresentes en el evangelio.

Esto no obsta el hecho de que finalmente la mención explícita de los misterios individuales era en un principio sólo tentativa. Las referencias a los misterios aparecen en símbolos, catequesis bautismales, y homilías. El cuadro estructural es el de la entera historia de la salvación; y dentro de este cuadro, la enumeración de los misterios del Señor es más ocasional que profesional. En el centro de interés se encuentra el significado soteriológico de los misterios, su valor pedagógico, su significación para la revelación y la soteriología, su

ejemplaridad y su carácter sacramental. En el contexto de las controversias cristológicas, el recurso a los misterios individuales de la vida de Jesús sirve como argumento para el misterio de la persona del Logos, para comprender su naturaleza divina o humana. Estas referencias no pueden ser separadas de la liturgia, sobretodo de la celebración del Misterio Pascual, de la encarnación del Hijo de Dios, y de ciertos memoriales en la celebración del año litúrgico. Todos estos elementos ofrecen un conjunto invaluable para una reflexión contemplativa y teológica de los misterios del Señor, conjunto que los Padres prepararon y se encontraban listos para ser tomados y completados en la Edad Media.

La canonización patristica dio a estos motivos un lugar fijo en la literatura monástica de la Edad Media. Los encontramos como un *topos* recurrente, por ejemplo, en el *Elucidarium* de Honorius Augustodunensis⁴, en Ruperto de Deutz⁵, Bernardo de Clairvaux⁶, Elred de Rievaulx⁷, o Egbert de Schönau. De diversos modos estos temas viven en la devoción franciscana o dominicana de Jesús y en la *devotio moderna*.

Se ha afirmado repetidamente que el tema de los misterios de Cristo ha ido desapareciendo con el ascenso gradual de la teología racionalista, donde los hechos de la historia de la salvación y revelación juegan a lo sumo un rol periférico. El resultado es una presentación abstracta de la persona y el misterio de Jesucristo.

Hubiera sido insuficiente resaltar este estado de cosas; la situación provoca una ponderación de sus causas. El tema aquí subyacente es el de la auto-comprensión que la teología tiene de sí misma. Una mirada a la historia muestra que el *topos* de los misterios del Señor era habitual en la teología patristica y medieval, mientras

⁴ Cf. PL 172, 1122A 1128C.

⁵ Cf. PL 170, 11C 12D.

⁶ Cf. Sermo 70,7; Opera 11,212.

⁷ Cf. SC, vol. 60, Cerf, Paris, 1958, 1-132.

que le faltó encontrar su lugar en la teología clásica predominantemente racionalista de la era moderna. En síntesis, en la cuestión de los misterios de la vida de Jesús emergen dos tipos de teología.

Ahora bien, no es accidental que la *meditatio* de los misterios de Jesús era justamente cultivada en la esfera de la teología monástica. Este tipo de teología se encontraba unida de una manera particular al testimonio de la Escritura y la tradición, sobretudo en la figura de los Padres. El punto de partida y el objetivo de todos sus esfuerzos estaba determinada por la fe viva. La práctica del reflexionar teológicamente se encontraba inserta en un conocimiento integrado con la vida, sabiduría, experiencia, amor, liturgia y oración, el deseo de Dios, y la espiritualidad. En el fondo, la sabiduría sapiencial daba vueltas alrededor del misterio del amor, que le daba una unidad, totalidad y coherencia. La teología leía y meditaba la historia de la salvación como la revelación del amor de Dios por nosotros; como “antropología” incluía la realización de este amor de Dios en nosotros. Esta reflexión basta, espero, para suscitar finalmente la sospecha del poder escondido detrás del tema aparentemente banal de los misterios de la vida de Jesús. De lo que aquí se trata es más que de un capítulo de la Cristología o de la teología: se trata del descubrimiento o el redescubrimiento de su unidad y de su forma, que es sapiencial o meditativa de un modo que no excluye sino que incluye e integra su *ratio*.

3. Los misterios como camino espiritual

Cuanto más se separaron la razón y la experiencia, el interés de los misterios de la vida de Cristo fue relegado a la región, considerada marginal, de la piedad, el ascetismo y el misticismo. A pesar de este desplazamiento de énfasis, el punto de partida y el fundamento de la *meditatio* de los misterios de la vida de Jesús permanece y en un sentido indica el camino a seguir. El interés espiritual se concentra en el misterio de la Encarnación, de la humanidad de Jesucristo. Este

foco no es una naturaleza humana abstracta o general, sino más bien una completamente individual, que actúa en la historia y que se refleja en los hechos de la vida de Jesús. En este contexto son decisivos los “Yo soy” de Jesús, particularmente aquellos que proclaman a Jesús como la luz (cf. Jn. 8,12; 12,46), el camino, la verdad y la vida (cf. Jn. 14,6). La combinación del “Yo” y el contenido de estas imágenes es tomada bien seriamente. Esto significa que, por ejemplo, el término “camino” tiene un significado altamente existencial, que excede lo meramente moral o ejemplar. El camino y sus etapas, como aparecen en los misterios de la vida de Jesús, son salvíficos. Tradicionalmente esto es conectado con las dimensiones de purificación, iluminación y unificación del camino de la fe, el conocimiento y la oración.

Desde los tiempos modernos, los misterios de Cristo fueron incluidos en el programa de los ejercicios espirituales y de contemplación. El ejemplo mejor conocido es el de los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola. Los misterios del Señor no son meramente objeto de reflexión piadosa. Más bien, son un elemento esencial de un programa espiritual. Este camino persigue “el conocimiento” del “misterio de Dios, esto es, Jesucristo” (Col. 2,2), y busca mirar interiormente en las profundidades de la vida de Jesús y sus hechos. Juntamente con los misterios de Cristo incluye un cierto modo de ver, de conocer, y experimentar que busca penetrar en las profundidades de los hechos individuales. El resultado es un contacto intenso entre el que contempla y el Logos encarnado, un contacto profundo con el corazón de su unión hipostática, su Filiación y su actitud de Hijo. La mirada del que contempla no se queda en un misterio individual de Jesús, sino que más bien se extiende a las profundidades trinitarias del amor divino.

Los impulsos que emergieron de esta *meditatio* de los misterios continúan viviendo en la “Edad de Oro” del misticismo, especialmente en España y Francia. Pierre de Bérulle aseguró un lugar en la espiritualidad a los misterios de la vida de Jesús. Su distinción entre *acte* y *état* trasciende la contemplación superficial de los misterios del Señor y alcanza su fundamento: el estado de adoración y obe-

diencia amante fundada en la unión hipostática de la humanidad de Cristo con su filial relación intemporal hacia el Padre⁸. El contexto en el cual estas reflexiones sobre los misterios de la vida de Jesús está situado es todo menos individualístico, pseudomístico o psicologizante. Presupone la visión escriturística y patrística de la redención, la salvación y la divinización de toda la humanidad y el mundo por medio de la Encarnación, la Vida y la Muerte de Jesús. Mientras penetra más y más profundamente en los misterios de Cristo y su base filial-trinitaria en el hombre Jesús, el creyente entra en contacto con un nuevo fundamento de la existencia y la creación establecidos en el Hijo como nuevo Adán. En el encuentro con los misterios el hombre es trasplantado a una tierra nueva y salvífica. Es en los misterios que el misterio del nuevo nacimiento y la nueva creación se iluminan. Mientras que los misterios de la vida de Jesús han sido concebidos en forma estrecha en la piedad y la ascética modernas, no puede ser dicho lo mismo de su *entrée* original en la espiritualidad cristiana, donde la reflexión en los misterios era conscientemente asociada a una renovación de la fe, de la Iglesia, de la vida religiosa, la piedad, y la teología en su conjunto. En la historia de la espiritualidad, el tema de los misterios de la vida de Jesús no desapareció nunca totalmente. Además de su supervivencia en ciertas formas y ejercicios de piedad (p.ej. el via crucis, el rosario, entre otros), también emergió en contribuciones literarias, por ejemplo, en *Cristo y sus misterios* de Columbia Marmion (1919), en *El Señor* de Guardini (1937) y en *La historia de Cristo* de G.Papini (1921), libros que han engendrado una corriente infinita de meditaciones de la vida del Señor y sus misterios. Este fenómeno es finalmente, una prueba indirecta que el Misterio y los misterios de Cristo, a pesar de todas las objeciones y contradicciones, están todavía vivos y son capaces de fascinar a la gente aún hoy.

⁸ Pierre de Bérulle, *Leben im Mysterium Jesu*, Einsiedeln, Johannes 1984.

4. Misterio y misterios en el culto

En la comprensión paulina, un elemento esencial del misterio de Dios, y entonces de Cristo, es su celebración en el culto. Es, en un sentido significativo, un “misterio de culto”.

El Misterio casi automáticamente da nacimiento al culto; la dimensión de culto por su lado apunta continuamente hacia atrás, hacia el fundamento y contenido del Misterio. La celebración del Misterio se despliega en ritos y símbolos. En su núcleo, la celebración gira en torno al misterio de la Muerte y Resurrección del Señor, cuyo memorial se observa cada semana y anualmente en Pascua. Que el culto cristiano de los misterios es “pascual” expresa el centro del misterio como tal. Los días festivos adicionales, originalmente independientes uno de otro, fueron reunidos para formar un ciclo de Navidad en correspondencia con el ciclo de Pascua. El origen histórico de la celebración de los misterios individuales de la vida de Jesús se entrelaza con muchos factores complejos. Además de la atención otorgada a ciertos lugares santos y a las tradiciones a ellos vinculadas, podemos mencionar la significación del año natural con la secuencia de las estaciones, la dependencia y conexión con las fiestas judías y paganas, los acontecimientos de la historia de la fe y de la Iglesia, las controversias cristológicas, la piedad y la reflexión teológica, pero, sobretodo, el poder formativo decisivo de la historia de la salvación misma, que culmina en el hecho de la salvación en Cristo. Finalmente el culto del Misterio original, centrado en la Muerte y Resurrección del Señor, tiene un dinamismo propio que trasciende toda concentración angosta o unilateral. El progreso del evangelio en espacio y tiempo, la santificación de lugares y tiempos, abrieron también un camino de entrada a los misterios individuales de Cristo. Esta expansión del único Misterio se aplica también a todos los símbolos y acciones, como el Bautismo, la Eucaristía, la Confirmación y otros, que eran decisivos para la pertenencia a la Iglesia y para la identidad cristiana.

El desarrollo multifacético de la celebración del Misterio Pascual y de los misterios individuales de la vida del Señor muestran que el culto o la liturgia, con su centro en la celebración de la Eucaristía, es el “lugar” central y el “memorial” viviente, o más bien, el “presente” duradero del Misterio y de los misterios de Jesucristo. Esta intuición encuentra su formulación teológica más adecuada en la obra de Odo Casel, y su realización más completa en la liturgia de Pascua. La liturgia bizantina, que culmina en la celebración de la “Liturgia Divina”, se comprende a sí misma como la aparición y la actualización del Señor Resucitado, como su anticipación de su retorno en gloria, y como la continuación, en medio de la comunidad, del banquete de boda mesiánico comenzado por Cristo mismo. En su encuentro con el Resucitado, la Iglesia de la tierra se encuentra simultáneamente con toda la comunidad del cielo. Esto es importante, precisamente porque la liturgia celeste es también la eternización del Misterio Pascual y allí recapitulado, de todos los misterios de la vida de Jesús. La liturgia, fuente creativa de la vida de la Iglesia –realizada de una vez para siempre en el Misterio Pascual– une el Misterio y los misterios que son en adelante inseparables.

Esta concepción orienta todo, tanto directa como indirectamente, hacia el centro de la liturgia. Esto se hace especialmente obvio en la comprensión del ícono y del dogma. El ícono, como una imagen de culto, se basa en la idea de que el hombre, creado a imagen de Dios, lleva el ícono de Dios en sí mismo. La comprensión de la imagen es afirmada por la doctrina de la Trinidad, la Cristología y la eclesiología. La obra salvífica de Cristo que es imagen del Padre consiste en restaurar la imagen de Dios desfigurada por el pecado en el hombre. Los íconos, como representación del Misterio y los misterios de Cristo, participan en este acto de salvación y sirven para el ascenso de la semejanza al arquetipo. Lo mismo ocurre con el dogma, que encuentra su voz o expresión verdadera en la liturgia como presentación mística de la plenitud de los actos divinos de salvación y de las verdades que Dios revela. La liturgia, como fe celebrada y actuada, es el fundamento raigal del dogma. El dogma es al mismo

tiempo un elemento esencial de la liturgia, una adoración viviente. Dogma y *doxa*, dogma y liturgia, profesión y alabanza, teología y oración son inseparables.

Esta raíz cúllica del Misterio y de los misterios explica por qué los misterios son acontecimientos salvíficos.. Los misterios trascienden lo que convencionalmente son considerados como hechos “puramente” históricos. La singularidad de los misterios no se agota en su realización, sino que trasciende su contexto histórico: son hechos históricamente singulares, cuya singularidad se manifiesta *en* su eternización. Primero tienen su “singularidad salvífica” porque fueron realizados y obrados en y por Jesucristo en el Espíritu Santo, y segundo, porque la resurrección de Jesucristo de la muerte los incluye (a los misterios) en el Resucitado como sus obras y acciones, otorgándoles una existencia eterna en el Espíritu de tal modo que no concluyen y pueden actualizarse y estar presentes en todo tiempo. Gracias al carácter imperecedero y superior dados y garantizados por el Espíritu hay una “presencia de los misterios” inagotable e insondable en el culto y la liturgia. La celebración y repetición de los misterios en el culto vive de su fundamento imperecedero e inagotable, que permite y causa su verdadera presencia y efecto.

Al final de este panorama muy esquemático debemos preguntarnos una vez más por el lugar de los msiterios de la vida de Jesús en la fe y en la teología. Convencionalmente son relegados a la periferia. Esta imagen, sin embargo, es ambigua..Si significa la periferia de un círculo, se podría fácilmente admitir, porque el círculo apunta a su centro, el que a su vez no puede existir sin su circunferencia. La realidad y la verdad de Jesucristo incluye a ambos: el Misterio y los misterios. Jesucristo entero incluye, implica y requiere ambos: la cristología del Misterio en singular, pero también los misterios en plural, pero esto no en una yuxtaposición de dos, sino en un juego dialogal y viviente del centro a la periferia del círculo.

Traducción: P. Alberto Espezel